

De la represión instintiva a la revolución del inconsciente. ¿Relectura o subversión del psicoanálisis freudiano?

Irving Daniel Robledo Girón*

Resumen:

El presente trabajo tiene por objetivo, plantear el escenario de una discusión entre la propuesta teórica del Eros y civilización de Marcuse y los trabajos sobre capitalismo y esquizofrenia elaborados por Deleuze y Guattari. Me propongo exponer, por un lado, cómo Marcuse llevó a cabo una relectura de la obra freudiana con la finalidad de presentar que en ella se encuentra la clave para esbozar la estructura de una civilización no represiva. Y por otro, el proyecto crítico del psicoanálisis propuesto por Deleuze y Guattari, desde el cual sugieren una revolución del inconsciente liberándolo de las ataduras edípicas.

Palabras clave: represión, deseo, inconsciente, civilización, socius.

* **Estudiante de Maestría en Humanidades en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

Introducción

La intención de plantear el desarrollo expositivo al modo de una disyunción es para mostrar como en ambas perspectivas teóricas se presenta una lectura diferente del psicoanálisis desde la filosofía para pensar y problematizar

el tratamiento que se le ha dado al deseo y los instintos libidinales desde las formaciones sociales.

Dividiré el texto se en dos apartados. En el primero se abordará la apropiación que realizó Marcuse del freudismo para establecer su crítica de la sociedad capitalista. Se presentarán los elementos que encuentra para sostener la tesis de un modelo cultural no represivo y el por qué considera la represión como un fenómeno histórico justificado desde dos dimensiones: la ontogenética y la filogenética. En el segundo se presentará brevemente en qué consiste el proyecto subversivo del psicoanálisis y su método trazado por Deleuze y Guattari. Asimismo, se describirán los cortes por medio de los cuales delimitan tres tipos de formaciones a lo largo de la civilización humana, donde el inconsciente, como producción deseante, ha sido codificado por relaciones de poder y económicas hasta llegar a la axiomática propia de la maquinaria capitalista; se presentará como comprenden el psicoanálisis y cuál su función y en ese sentido mostrar en qué consiste su propuesta revolucionaria. Una vez mostradas las dos posturas, lo que se busca es hacer evidentes sus encuentros y distinciones. No se tiene por objetivo tomar partida por una o por otra, sino simplemente dar lugar a su discusión.

El Eros y civilización de Marcuse: hacia una civilización no represiva

Ante el escenario del progreso técnico de la civilización capitalista y con base en su interpretación de la obra freudiana, Marcuse inaugura su texto que data de 1955¹ con el siguiente diagnóstico: el problema fundamental de la sociedad es la represión de los instintos, pues como lo presenta, la cultura misma exige, como su precondition, la renuncia a la gratificación de los impulsos individuales en favor de la formación social (Marcuse 21). Ello implica la reducción de libertad a costa de la regulación de las energías instintivas para canalizarlas a la maquinaria de producción. Como consecuencia de tal sacrificio, el modelo social, en lugar de afirmarse como la "cumbre de la civilización", ha llegado al punto de una decadencia institucional y a las acciones autodestructivas expuestas por las dos guerras mundiales.

Frente a ese panorama, la pregunta que se plantea Marcuse no solamente se conforma por interrogar si la sociedad contemporánea ha valido el precio de la represión

¹ De acuerdo con Blanca Muñoz, ésta obra aparece dentro de la tercera de las cuatro etapas en las que divide la cronología de producción de la Teoría crítica propia de la Escuela de Frankfurt. Corresponde con el periodo dado entre 1950 y hasta la muerte de Adorno en 1969 y Horkheimer en 1973. Se trata, según lo apunta la autora, de la etapa en la que se escriben obras fundamentales, mismas que rompen con "el tóxico de la excesiva abstracción" y por la conjunción de técnicas empíricas con la reflexión teórica (231).

de los instintos,² sino cómo puede ser factible un modelo de civilización no represiva. Asegura desde la introducción del texto que tal idea no será discutida a modo de especulación o utópica sino con base en dos planteamientos: el primero desde la propia obra freudiana, refutar la supuesta inconsistencia entre la civilización y libertad instintiva; y la segunda a partir de la misma necesidad que implica el decaimiento del modelo de sociedad represiva, como una precondition para su abolición (Marcuse 22) lo cual configura el sustento argumental de su escrito.

La lectura del *corpus* teórico freudiano se concentra principalmente en los escritos que componen su metapsicología, como el "Más allá del principio del placer" y "El yo y el ello", así como sus análisis culturales y con resonancias antropológicas: *El malestar en la cultura* y "Moisés y el monoteísmo".

Del texto "Más allá del principio del placer", Marcuse retoma el modelo del aparato anímico, como regulación de las energías y la tensión displacentera. Ahí, Freud expone cómo el sentido último del aparato psíquico es lograr la disminución de la tensión por medio de la descarga: la sensación de placentera (86). A ésta búsqueda constante por conservar en su nivel más bajo la tensión la denomina "principio del placer". Sin embargo, frente a la existencia de factores externos como son para Marcuse la "materialización del sistema de instituciones" (Marcuse 30) que impiden la consecución final de ésta tarea, Freud introduce el término de "principio de realidad" para designar cómo, al estar inmersos en una cultura civilizada la búsqueda del placer se subsume a emplazamiento o represión.

La sustitución del principio de placer por el de realidad, constituye el hilo conductor de *El malestar en la cultura*. En éste escrito, Freud sostiene que el ser humano tiene como último propósito la pretensión de alcanzar su felicidad. Tal concepto tiene dos sentidos: la experimentación de sensaciones placenteras y la evitación del displacer, de ahí las operaciones dirigidas por el aparato anímico; y agrega cuáles, a su consideración, son las tres causas del sufrimiento humano: la decadencia del cuerpo, su fragilidad frente a las fuerzas de la naturaleza y su incapacidad de regular las relaciones con sus semejantes. Asume las dos primeras inevitables, pero se reserva dudas respecto a la última. Freud trata de qué manera el organismo, al someterse al proceso civilizatorio con las exigencias que implica, frustra su tendencia

² Muñoz menciona que para Marcuse la crítica a la sociedad de masas no puede llevarse a cabo desde sus mismas estructuras; necesita la revisión de la lógica de dominación sobre el inconsciente social (241).



hacia la gratificación con la finalidad de hallar las ventajas de auto conservación de la vida gregaria. Aunque, cabe señalar, deja abierta la disyuntiva: si el equilibrio entre la libertad individual y la voluntad de la masa puede ser alcanzado en algún momento por alguna cultura, o si resultan por completo irreconciliables (*El malestar...*, 96).

De acuerdo con la interpretación de Marcuse, deduce que la represión como base del proceso cultural es un fenómeno histórico, y además está englobado por un proceso dialéctico, por el cual nunca llega a ser completa. Su propuesta se realiza mediante una estrategia de "extrapolación", es decir, dirigir la argumentación de la justificación histórica de la represión hacia su sentido opuesto. Afirma que en la misma obra freudiana existen los elementos para sostener la posibilidad de establecer una civilización no represiva. La revisión por él emprendida se dirigió mediante dos dimensiones: la ontogenética y la filogenética.

A partir de su relectura, Marcuse anota que en las diferentes etapas de la obra de Freud, prevalece siempre la construcción dualista caracterizada por la unión dinámica entre opuestos, inclusive en la topología tripartita del yo, super yo y ello. En su primera etapa se expresa el antagonismo entre la libido y su autoconservación, en la última, entre el Eros y el instinto de muerte.

Según lo señala Freud, el proceso primario del aparato mental es la lucha por la gratificación, pero se asume, va unido a al empeño por retornar al estado de quietud del mundo orgánico como instinto de muerte o principio de Nirvana ("Más allá...", 136). Siguiendo su interpretación, el aparente monismo de muerte en su forma condicional: "si el principio de Nirvana es la base del principio del placer", no representa, para Marcuse, el impulso de destructividad en sí misma sino el alivio de la tensión, es decir, resultado de la misma lucha contra la represión.

Continuando con su análisis de la segunda tópica, en la dinámica de la personalidad sustentada por la triada yo, super yo, ello, ésta última instancia lucha por la satisfacción mientras que el yo introduce el principio de realidad; la entidad del super yo instaura las restricciones culturales por las que se adhiere al *status quo*. Así, para Marcuse "el individuo llega a ser instintivamente reaccionario" (43), es decir, se auto inflige castigo por acciones que aún no realiza por no ser compatibles con la realidad civilizada.

La revisión por él emprendida se dirigió mediante dos dimensiones: la ontogenética y la filogenética.

No conforme con la imposición de la falta de libertad presuponiendo la incompatibilidad del principio del placer con la estructura colectiva, Marcuse advierte que la organización sociohistórica implementa otras formas de agenciamientos, controles adicionales e instituciones de dominación en la asociación humana; introduce el concepto de "represión excedente" para referirse a ellos. Desde ésta perspectiva, la sexualidad no solamente es reprimida sino también se establecen operaciones por las cuales impulsos parciales y zonas del cuerpo humano son desexualizadas, reduciendo el placer a la genitalidad y al servicio de la reproducción social. Asimismo, Marcuse asigna el término de "principio de actuación" (53) para referirse a la renuncia libidinal a costa del modelo social capitalista en su proceso de expansión que hace del cuerpo un mero instrumento de trabajo enajenado. Por causa de ésta, asienta Marcuse

la libido llega a estar concentrada en una sola parte del cuerpo, dejando casi todo el resto libre para ser usado como instrumento de trabajo (55) [...] [a su vez que] la desviación de la destructividad original del yo al mundo exterior alimenta el progreso técnico, y el uso del instinto de muerte para la formación del super yó logra la sumisión punitiva del yo del placer al principio de realidad y asegura la moral civilizada. (57)

El super yó completa el trabajo del principio de realidad introyectando a nivel individual la represión por el sentido de culpa. Pero, para Marcuse, hace falta el análisis de la estructura mental de la personalidad, no desde el individuo, sino remontándose a su prehistoria como entidad perteneciente al género humano y su herencia arcaica. Así es como aborda el tema de "Moisés y el monoteísmo" de Freud para señalar cómo el sentimiento de culpa tiene componentes biológicos preindividuales.

Reconoce que ésta parte de la obra freudiana es uno entre otros intentos por tratar de esclarecer los elementos históricos sedimentados que influyen en la configuración de la sociedad, como lo es el caso de la experiencia de dominación. Y aunque es consciente de las críticas lanzadas a éste aspecto del freudismo, porque su especulación no es demostrable antropológicamente, se interesa por su valor simbólico.

La hipótesis plasmada en ese texto por Freud parte con la aparición de la primera horda, la cual supone, estaba regida por el dominio de un padre primordial despótico, el cual, de alguna manera monopolizaba la dominación y el placer supremo. Tras una rebelión, supone, se cometió un acto de parricidio y con ello se libera la energía instintiva, sin embargo, ésta misma regresa en forma de castigo por el sentimiento de culpa heredado a causa del crimen estableciendo lo que Marcuse considera "las precondiciones mentales para el *funcionamiento continuo* de la dominación" (65).

Para el autor perteneciente a la tradición de la Teoría Crítica impulsada por la Escuela de Frankfurt, el proceso civilizatorio obedece a un movimiento dialéctico y destructivo, donde las restricciones de Eros canalizan los instintos hacia la producción social. Se marcan y distribuyen sus tiempos y prácticas, suprimiendo la libido y ejerciendo en la sexualidad cortes para delimitar el uso del placer hacia la genitalidad y al puro acto de reproducción biológica. Pero de igual manera, se liberan las fuerzas destructivas, mismas que se pretendieron erradicar.

Así también, para Marcuse, el trabajo básico en la civilización no es libidinal sino esfuerzo y desagrado. La energía sexual se dirige hacia otros usos productivos, pues como lo señala, "la cultura exige una continua sublimación" (83). Pero su apuesta no es por la vía de la sublimación por la que se redirige la energía de la libido hacia la producción, desembocando en un proceso autodestructivo, sino por medio de una reconciliación de las fuerzas impulsivas. Al modo kantiano, entre las facultades superiores y las inferiores, la sensualidad con el intelecto, Marcuse propone un modelo de sociedad donde la estética, en su sentido original, sea el fundamento de la cultura conciliando "las dos formas de experiencia humana que fueron separadas por el represivo principio de realidad" (158) y la libido se armonice con la razón muy en relación con la noción schilleriana de "impulso de juego".³

Capitalismo y esquizofrenia: para una revolución del inconsciente

El proyecto conjunto de Deleuze y Guattari constituye un modelo subversivo del psicoanálisis, al que llaman una "psiquiatría materialista" o "esquizoanálisis". Para estos

³ En *La educación estética del hombre*, Schiller expresa por medio de cartas como en el hombre radican dos impulsos: el sensible y el formal. En la Carta xiv introduce la noción de impulso de juego para indicar la armonización en libertad de los dos anteriores. Y en la Carta xv menciona: "El objeto del impulso de juego, representado en un esquema universal, podrá, pues, llamarse figura viva, concepto que sirve para indicar todas las propiedades estéticas de los fenómenos y, en una palabra, lo que en un amplio sentido se llama belleza" (Schiller 69).

autores, el psicoanálisis como teoría y como práctica clínica conlleva una metafísica. Su propuesta, expuesta en *El antiedipo* consiste, por un lado, en denunciar los usos y determinaciones ilegítimas que se han hecho del deseo como principio inmanente.

Para esta ocupación se apropian del método trascendental kantiano (Deleuze y Guattari 81); lo aplican a aquello que no pertenece al campo de la razón: el inconsciente trascendental. Deducen al modo de tres síntesis (conectiva, disyuntiva y conjuntiva) las formas en las que fluye el inconsciente; éste no es comprendido como una entidad subjetiva sino colectiva: una organización de la producción del deseo. Y señalan cinco paralogismos por medio de los cuales, el psicoanálisis ha dirigido al deseo hacia su reducción encerrándolo en la triangulación familiarista impuesta por el Edipo.

El modelo de familia nuclear funciona como la base de la organización social y de la producción capitalista. De ahí, una segunda tarea de la psiquiatría materialista es mostrar el funcionamiento de la maquinaria de producción, misma que nos lleva a la esquizofrenia, no entendida como entidad clínica sino como un proceso de desterritorialización y descodificación, con base en la producción deseante, y reconducir las investiduras sociales del deseo hacia una dimensión revolucionaria.

En la primera sección de *El antiedipo*, caracterizan al ser humano como una máquina deseante. No toman este término en sentido metafórico. Para ellos, se trata de la materialidad misma por la que estamos constituidos. El cuerpo es una maquinaria compuesta de objetos parciales, valiéndose de éste término del léxico psicoanalítico: boca, pecho, ano, pene, vagina, que se acoplan unas con otras formando una red maquínica de producción. Se valen de un recurso retórico, la *catacresis*,⁴ para identificar el deseo como un "flujo".

El cuerpo, como máquina deseante, es un elemento microfísico del inconsciente. Se inscriben dentro de un sistema molecular que determina el flujo de deseo (*Derrames...*, Deleuze 37-48), mismos que son codificados por dispositivos que definen sus cortes, extracciones, polos y se dirigen por un *socius* o Cuerpo sin Órganos, una megamáquina, que funciona como el motor inmóvil aristotélico que no produce, sino que organiza la totalidad de la producción.

⁴ La *catacresis* es un tropo que altera el significado de las expresiones a nivel semántico (Beristáin 489). En éste caso, se utiliza un término proveniente de otro campo semántico para nombrar un elemento que carece de uno propio.



En el tercer apartado de *El antiedipo* "Salvajes, bárbaros, civilizados" realizan una serie de cortes arqueológicos, foucaultinamente hablando, por los cuales distinguen tres formaciones en las que se ha establecido el *socius* a lo largo de la civilización humana: el territorial primitivo, el despótico y finalmente la maquinaria capitalista.

La formación primitiva comienza con el fin del nomadismo; la tierra es el *socius*; como entidad única e indivisible, es la superficie sobre la que se montan las relaciones de producción y flujos del deseo. Es una máquina territorial por la que se definen relaciones de parentesco por medio de filiaciones se cuadriculan jerarquías de modo administrativo y alianzas como vínculos políticos y económicos. El intercambio y circulación se hacen posibles solo en función de la marca. Los sistemas de signos se inscriben sobre los cuerpos. Se establece entonces un sistema de reglas; podría decirse: una gramática de la corporalidad por la que se determinan identidades, y funciones. Los órganos en tanto objetos parciales comienzan a ser investidos, cargados simbólicamente, codificados. Para hacer posible el flujo, algunos órganos son privatizados y la libido, de ser la esencia del deseo, pasa a estar representada como cantidad abstracta. Aunque Deleuze y Guattari no reconocen la presencia del Edipo en la formación territorial primitiva, si mencionan la existencia del horror por el incesto. Pero no en términos bio-filiativos, sino porque éste representaría una ruptura con el orden de codificación; no se delimitaría el orden genealógico, mismo que cumple una función social y no biológica. Como lo apuntan en *El antiedipo*: "Para que los flujos sean codificables es preciso que su energía se deje cuantificar o cualificar [...] es preciso que algo pase pero también que algo sea bloqueado, y que algo bloquee o haga pasar" (169).

Posteriormente, en la maquinaria despótica o bárbara, se configura un orden de distinto modo. La organización filiativa y de alianza se desplazan por una relación directa con la deidad y el poder que le confiere. De ahí se establece una estructura jerárquica piramidal. Surge el Estado, y su organización religiosa-militar; se sobrecodifican los cuerpos fijando identidades como castas. El déspota, figura del "gran paranoico" ocupa la posición privilegiada. La definen de la siguiente forma: "es este poder de proyección, esta fuerza para volver a partir desde cero, de objetivar una completa transformación: el sujeto salta fuera de los

El intercambio y circulación se hacen posibles solo en función de la marca.

cruzamientos alianza-filiación, se instala en el límite, en el horizonte, en el desierto, sujeto de un saber desterritorializado que lo liga directamente con Dios y lo conecta al pueblo" (200). El cuerpo mismo del déspota es el Cuerpo sin Órganos; el deseo y el placer se convierten en objetos exclusivos del soberano. Se sustituyen los signos de la tierra por los signos abstractos del dinero.

El último corte se delimita con el paso del feudalismo a la sociedad industrial. Se reemplaza el cuerpo despótico por las relaciones de producción y la extracción del plusvalor: el capital es ahora el Cuerpo sin Órganos. A diferencia de las anteriores formaciones que funcionan por medio de la codificación de los flujos del deseo, el capitalismo opera por medio de una axiomática a partir de lo que constituía el terror en las formas del *socius* anteriores: la descodificación. Descodifica los flujos de trabajo y de dinero como cantidad abstracta y los conjuga. Desterritorializa la producción deseante, para después, por medio de agenciamientos, reterritorializarlos en una maquinaria demencial; nos envuelve en una maquinaria esquizofrénica.

En la formación capitalista nace el psicoanálisis. Su función es la de una práctica policial de reterritorialización. En su faceta clínica, opera de acuerdo con la forma liberal burguesa de contrato. En ese sentido, el psicoanálisis representa para Deleuze un dispositivo que "impide toda producción de deseo" ("Cuatro...", Deleuze 29) y si su discurso habla del inconsciente es para reducirlo; de la libido a la sexualidad, sometida en el triángulo familiarista como mera teatralización; al mismo tiempo impide la formación de enunciados ahí donde introduce una máquina de interpretación; "se asume que todo lo dicho quiere decir otra cosa" (35): Edipo, siempre se trata de Edipo.

Conclusiones

En ambos planteamientos teóricos se pueden encontrar coincidencias. Tanto Marcuse como Deleuze y Guattari coinciden en que la represión es un fenómeno histórico y la libido es reducida a la función sexual, cargando determinadas partes del cuerpo y excluyendo otras a costa de la organización y la producción social. También, las dos posturas presentan un matiz kantiano. La primera recuperando la reconciliación de las facultades apuntando a un

modelo cultural no represivo; la segunda haciendo uso de su metodología trascendental para señalar los usos ilegítimos del inconsciente.

Ahora bien, aunque los autores de *Entre el capitalismo...* reconocen en Marcuse un antecedente de su propuesta hacia una psiquiatría materialista, también difieren notablemente. Pues mientras que en *Eros y Civilización* se presenta una construcción teórica que diagnostica el malestar no individual sino general, Marcuse hace una recuperación de la obra freudiana, reconduciéndola para demostrar la tesis de una heterotópica sociedad sin represión. No sospechó que el propio psicoanálisis contribuye a la misma reducción del inconsciente y las fuerzas instintivas. A su vez, habría que preguntarse si, en nuestro contexto actual, la problematización respecto a la represión se mantiene vigente.

Y, por otra parte, Deleuze y Guattari enuncian como las tareas del esquizoanálisis la subversión del psicoanálisis, liberando el deseo de la prisión edípica, y el análisis de cómo la maquinaria social de producción inviste el inconsciente. Su proyecto revolucionario no describe una posible formación social donde el deseo no esté codificado o reterritorializado por la axiomática capitalista. En todo caso, el derrame de flujos completamente descodificados supondría una vuelta al nomadismo previo a cualquier *socius*, lo cual resulta impensable.

Bibliografía

- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa, 1995. Impreso.
- Deleuze, Gilles. "Cuatro proposiciones sobre el psicoanálisis". *Política y psicoanálisis*. México: Terra Nova, 1980. pp. 27-37. Impreso.
- _____. *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus, 2017. Impreso.
- _____. *Lógica del sentido*. Paidós: Barcelona, 2019. Impreso.
- _____, y Félix Guattari. *El Antiedipo Capitalismo y Esquizofrenia*. Barcelona: Barral, 1973. Impreso.
- Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza, 2011. Impreso.

- . "Más allá del principio del placer". *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza, 2010. pp. 85-143. Impreso.
- . "Moisés y la religión monoteísta: Tres ensayos". *Obras Completas III*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973. pp. 3241-3324. Impreso.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel, 2010. Impreso.
- Muñoz, Blanca. *Modelos culturales. Teoría sociopolítica de la cultura*. Barcelona: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana, 2005. Impreso.
- Perroux, François. *François Perroux interroge, Herbert Marcuse... qui répond*. París: Aubier Montaigne, 1969. Impreso.
- Schiller, Federico. *La educación estética del hombre*. Madrid: Espasa Calpe, 1968. Impreso.
- Taberner, José. *Marcuse, Fromm, Reich: El freudomarxismo*. Bogotá: Cincel Kapelusz, 1988. Impreso.